

**Las concepciones sobre la mujer
desde la perspectiva teórica
de Michel Foucault**

Adriana Graziette Mesa Pérez

Las concepciones sobre la mujer desde la perspectiva teórica de Michel Foucault
Adriana Graziette Mesa Pérez

Primera edición, diciembre de 2021

© Derechos reservados por la Universidad Pedagógica Nacional
Esta edición es propiedad de la Universidad Pedagógica Nacional, Carretera al Ajusco
núm. 24, col. Héroes de Padierna, Tlalpan, CP 14200, Ciudad de México
www.upn.mx

Esta obra fue dictaminada por pares académicos.

ISBN obra completa 978-607-413-337-0

ISBN volumen 978-607-413-437-7

F

HQ1154

M4.3

Mesa Pérez, Adriana Graziette

Las concepciones sobre la mujer desde la perspectiva teórica de
Michel Foucault / Adriana Graziette Mesa Pérez. -- Ciudad de México : UPN,
2021.

1 archivo electrónico (26 p., [1] gráf. col) ; 876 KB ; archivo PDF. --
(Fascículos a 40 años de la UPN ; 64)

ISBN obra completa 978-607-413-337-0

ISBN volumen 978-607-413-437-7

1. MUJERES - HISTORIA Y CONDICIÓN DE LA MUJER 2. FOUCAULT,
MICHEL, 1926-1984 I.t. II. Serie

Queda prohibida la reproducción parcial o total de esta obra, por cualquier medio,
sin la autorización expresa de la Universidad Pedagógica Nacional.

ECHEO EN MÉXICO.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	5
LA ARQUEOLOGÍA DEL SABER Y LA HISTORIA DE LOS SISTEMAS DEL PENSAMIENTO.....	7
CONCEPCIONES DE LA MUJER DESDE LA EDAD ANTIGUA HASTA HOY.....	9
La Edad Antigua (3,500 a.C a siglo V).....	10
El cristianismo, la Edad Media y la mujer (siglo V a XV).....	12
La Edad Moderna (siglo XV a XVIII aproximadamente).....	15
La Época Industrial (siglo XVIII a principios del siglo XX).....	16
La sociedad posindustrial (siglo XX a la actualidad).....	17
EL SISTEMA DE PENSAMIENTO DE LAS CONCEPCIONES DE LA MUJER DESDE LA PROPUESTA DE FOUCAULT	19
CONCLUSIONES	23
REFERENCIAS	26

LAS CONCEPCIONES SOBRE LA MUJER DESDE LA PERSPECTIVA TEÓRICA DE MICHEL FOUCAULT

*Adriana Graziette Mesa Pérez**

INTRODUCCIÓN

En la actualidad, el tema de la equidad de género es de suma importancia; éste, se investiga, debate y/o desarrolla, desde muchas aristas y perspectivas teóricas, con el fin de cuestionar o incluso reforzar los roles y expectativas sociales que se han generado a través de los tiempos. Dichos roles, resultan estar en la mayoría de los casos, colmados de desigualdades, mismas que han posicionado al sexo femenino en niveles inferiores al masculino.

El presente ensayo es un análisis respecto a las diferentes concepciones que se han tenido de la mujer a lo largo de la historia, mismas que han justificado las desigualdades de género y que siguen reprodu-

* Licenciada en Ciencias de la Educación por el ITESO-Universidad Jesuita de Guadalajara 2007, con estudios de Maestría en Ciencias de la Educación con Opción Terminal en Sociología de la Educación por el ISIDM de la Secretaría de Educación del Estado de Jalisco (2015). Profesora Asociada A de la UPN Unidad 142 Tlaquepaque, Jalisco. Imparte clases en las líneas de Psicopedagogía y Educación Inicial de la LIE en donde también funge como asesora de prácticas profesionales.

ciéndose en la mayoría de las culturas como algo normal. Se ha elegido este concepto en particular, como una aportación para comprender cómo ha mutado esta significación a lo largo del tiempo; se realiza a partir de la descripción de su epistemología de sistema de pensamiento. El estudio de este tema se considera de gran importancia, pues denota una de las razones de ser de la lucha del movimiento feminista, muestra que aún en la actualidad se reproducen sistemas de pensamiento que únicamente mutan, pero no cambian en su esencia y que los mismos son perjudiciales para el género femenino.

En la Universidad Pedagógica Nacional (UPN) Unidad 142, muchos de los docentes, –debido a que los programas que proporciona dicha unidad se han caracterizado por ser feminizados– se han preocupado por suscitar análisis con sus alumnas y alumnos respecto a la equidad de género, profundizando las problemáticas a las que se enfrenta la mujer y las raíces de estas, todo con la intención de brindar consciencia y herramientas de empoderamiento a las mujeres.

En este ensayo, se describe cómo se ha percibido el sexo femenino desde la antigüedad hasta nuestros tiempos, llevando como hilo conductor la propuesta teórica de Foucault (2007), quien analiza las ideas desde una descripción arqueológica para definir sus discursos como un sistema de pensamiento que prevalece a través de los tiempos. Aunado a esto, se presenta una hipótesis sobre cómo se concibe a la mujer en la actualidad desde un punto de vista teórico-epistemológico, aproximándose a un análisis de las consecuencias que ha traído para ésta el sistema de pensamiento que se ha construido a lo largo de la historia; un sistema de concepciones con las que se ha identificado a la mujer y que, al parecer, lejos de desaparecer, mutan hasta convertirse en elemento indisoluble de “lo femenino”, mermando su desarrollo y desenvolvimiento en sociedad. Cabe destacar que se eligieron palabras claves definitorias de la mujer, en tanto son elementos que componen la base conceptual de las diferentes formas de conocer y reconocerla, mismas que posteriormente serán presentadas como propuesta de esquema sobre el sistema de pensamientos propuesto por Foucault.

Para finalizar, se presentarán las conclusiones de este estudio, en las que se analiza y justifica cada palabra identificada como clave así como sus impactos y consecuencias en la aparición de patrones estereotipados de socialización y comportamiento que inciden en el ámbito educativo formal y en las trayectorias laborales y profesionales de las mujeres.

LA ARQUEOLOGÍA DEL SABER Y LA HISTORIA DE LOS SISTEMAS DEL PENSAMIENTO

Michel Foucault desarrolló a lo largo de su carrera un interés notable por el estudio del desarrollo de las ideas a lo largo de la historia: *Historia de la locura* (1954, 1961), *Nacimiento de la clínica* (1963), *Las palabras y las cosas* (1966), sin embargo, hasta antes de la década de 1970 en su obra no se identificaba una metodología clara de trabajo, salvo una lectura *sui generis* de la historia y los documentos archivísticos con el fin de encontrar trazas del pasado en el presente. Es por ello por lo que desarrolló, en 1969, *La arqueología del saber*. En esta obra, Foucault busca dejar en claro dos cosas: Una crítica, la forma hasta entonces común, para el estudio de la historia –el orden sincrónico– y el discurso –los momentos de ruptura y las novedades–, y su propuesta de indagación alternativa, la cual consiste en analizar el transcurso histórico y evolutivo del discurso –en tanto “forma de hablar”–, teniendo como objetos el “discurso” y las “narraciones laterales” –*episteme*– y la legitimación de éstos como estructuras –sistemas del pensamiento– (Foucault, 2007, pp. 236 y 217).

Los grandes temas de la arqueología del saber son la génesis, continuidad y totalidad de los discursos (Foucault, 2007, p. 232). Es por ello por lo que, más allá de dedicarse al estudio de los discursos “normales” –el habla cotidiana o los sentidos de la acción depositados en el discurso, por decir algunos–, se interesó por el análisis de los “anexos”, del “rumor lateral” que corre en el anonimato y se clava en el intersticio entre discursos-objeto y hombres. Con esto es que propone un concepto articulador que, para este trabajo, tiene mucha relevancia, como lo es el de sistema del

pensamiento, que es “la descripción de los círculos concéntricos que rodean las obras, las subrayan, las ligan unas con otras y las inserta en todo cuanto no son ellas” (Foucault, 2007, p. 232). Es decir, el envase donde se sedimentan diferentes capas de significación de los discursos, el repositorio donde se acumula un saber socialmente construido pero que se constituye como un “núcleo duro” apenas mutable, que permanece en el tiempo y el espacio.

La arqueología del saber se relaciona con el estudio de los sistemas del pensamiento en tanto busca definir a los discursos en tanto prácticas que obedecen a reglas extra-textuales o que están más allá de las reglas normales de la enunciación y la conversación –como el poder hegemónico, la influencia de los grupos y mayorías, entre otros–, al tiempo que intenta demostrar a los discursos desde su especificidad, con sus reglas y modalidades históricamente dadas. La descripción arqueológica es, ante todo,

escudriñar para descubrir, a través de la historia, el juego de las anticipaciones o de los ecos, remontar hasta los gérmenes primeros o descender hasta los últimos rastros, poner de relieve sucesivamente, a propósito de una obra, su fidelidad a las tradiciones, o su parte de irreductible singularidad (Foucault, 2007, p. 241).

Foucault con esto no se propone plantear un programa científico basado en la interpretación de los discursos –como Habermas y la hermenéutica derivada de la Escuela de Frankfurt– o de las prácticas de los actores –como Bourdieu y en general la sociología reflexiva–, sino una descripción sistemática del discurso, su regularidad y permanencia.

Al abordar el estudio de los sistemas del pensamiento desde la arqueología del saber, Foucault deja abiertas dos posibilidades para su descripción más pormenorizada. A la primera le llama de “homogeneidad enunciativa”, y describe actuaciones verbales que gramatical y lógicamente son idénticas a lo largo de la historia, pero que enunciativamente comunican algo distinto. La segunda, la “derivación enunciativa”, implica

la búsqueda de las jerarquías interiores a las regularidades enunciativas, desde las más generales hasta las más específicas (Foucault, 2007, pp. 244-246). Este análisis está enfocado en la segunda derivación, pues se pretende buscar en el gran amontonamiento de lo ya dicho sobre la mujer, tratando de describir lo que se asemeja a concepciones ulteriores; tratando de descubrir, a través de la historia, el juego de las anticipaciones o de los ecos, comenzando por mostrar la sedimentación conceptual detrás de cada percepción sobre la mujer (Foucault, 2007, p. 246).

CONCEPCIONES DE LA MUJER DESDE LA EDAD ANTIGUA HASTA HOY

Para narrar las distintas concepciones que se han tenido respecto a la mujer a lo largo de la historia, se consultaron diversas fuentes, pero principalmente se tomó el estudio de una de las primeras historiadoras interesada en analizar el origen del patriarcado, Gerda Lerner (1920-2013).

En su libro *La creación del patriarcado* sitúa el origen de éste en el Próximo Oriente fijando su desarrollo entre los años 3.100 a.C. y 600 a.C., periodo en el que se desarrollaron las concepciones de la mujer desde la Edad Antigua hasta la Edad Moderna, teniendo como vehículo de fijación en la base conceptual subyacente a las concepciones de la mujer vigentes, hasta ahora la doctrina católica occidental, misma que aún con su deterioro y pérdida de relevancia social, se mantiene vigente a través de prácticas y discursos desde la revolución industrial capitalista hasta las sociedades postindustriales de la actualidad.

Es importante mencionar, que el papel de la mujer en la historia y por lo tanto sus concepciones, son difíciles de rastrear, precisamente por la sistemática invisibilización propiciada por el sistema patriarcal, que ha dado importancia únicamente al sexo masculino en todos los ámbitos relevantes de la sociedad, relegando a un papel secundario y eminentemente reproductor a las mujeres. Por esta razón, se teoriza respecto a lo que se tiene conocimiento únicamente.

La Edad Antigua (3,500 a.C a siglo v)

En las grandes civilizaciones del mundo antiguo, se subrayaba la distinción entre hombres y mujeres, manifestándose de forma muy clara en la asignación de roles disímiles. A raíz de que a la mujer se le concebía como una persona *débil* que no sabía controlarse, se le designó el espacio del hogar, mismo que en el caso de Grecia tenía espacios de segregación por sexos –el *gineceo* para las mujeres, el *andrón* para los hombres. Con base en este pensamiento se justificó la hegemonía masculina, pues se consideraba al hombre como el fuerte y capaz de autocontrolarse. Pensamiento que se trasladaba más allá de la unidad productiva y reproductiva social –la familia– y se instalaba de forma central en la constitución misma del sistema de relaciones políticas vigentes.

En su obra *Política*, Aristóteles define el rol social de los hombres y la carencia de uno similar para las mujeres, supeditadas al cuidado del hogar (*oikos*) por considerarlas de la misma calidad que los esclavos y los bárbaros:

Ante todo, conviene reunir aquellos elementos que no pueden subsistir independientes, como son el macho y la hembra para conseguir la prole [...] Entre éstos, pues, para su conservación, hay uno que gobierna y otro gobernado. Porque aquel que con su entendimiento puede prevenir las cosas, naturalmente es el señor y tiene el gobierno y regimiento. La hembra y el siervo difieren por naturaleza [...], entre ellos, no hay quien naturalmente gobierne, sino que la compañía de ellos es de siervo y sierva. Por esto dicen los poetas, con sobrada razón, que los griegos sean señores de los bárbaros; casi dando a entender que es lo mismo bárbaro que siervo (Aristóteles, 2006, pp.12-13).

La existencia de la mujer está por tanto sujeta al designio de los hombres, como una eterna menor, improductiva en términos generales, cuyo único roce social venía de la práctica religiosa. Menciona Martin (s/f) “el paternalismo de la sociedad griega demandaba que cada mujer tuviera un guardián masculino oficial (*kurios*) que las protegiera física y legalmente”.

Por supuesto, hablar de mujeres esclavas en este sentido implica un grado de exclusión aún mayor: eran sometidas a fuertes cargas de trabajo –más aún si eran extranjeras o *metecas*, pues esto suponía que el trabajo tenía por fin “domesticarlas” en cierta medida–, o bien arrojadas de los núcleos familiares y puestas a disposición como prostitutas o cortesanas (*hetairas*) para la satisfacción del deseo sexual de los hombres. No había en sí una gran diferencia entre una mujer libre y una mujer esclava salvo quizás por el hecho de que sobre la segunda pesaba la concepción de que era, ante todo, una mercancía. La iconografía y la literatura también dan buena muestra de lo anterior. La “Estela de Hégeso”, por ejemplo, una lápida funeraria conservada hasta la fecha, datada en el siglo V a.C., demuestra la relación de las mujeres con su entorno. En la figura destaca la difunta –Hégeso– acompañada únicamente de una esclava –y podríamos anticipar, en el *gineceo*– despidiéndose de sus posesiones terrenales. Resaltan además las palabras escogidas para su epitafio: “fue casta, hiló la lana, tuvo cuidado de la casa” (González Serrano, 2003, p. 59). No hizo ni se le reconoce más que eso, porque ese era el único papel esperado de ella.

En las epopeyas griegas las mujeres eran retratadas de una forma que contrastaba fuertemente con el rol social designado para las comunes: tenían un fuerte rol social y político, actuaban con carácter fuerte y se entregaban a pasiones extraconyugales. Sin embargo, el retrato no era ni liberador ni tenía el objetivo de empoderar a la mujer, pues como dice González Serrano (2003, p. 61) “las pasiones devastadoras quedaban para las míticas heroínas [Fedra, Clitemnestra, Medea], que con sus conductas depravadas habían desencadenado terribles tragedias”.

En el caso específico de Roma, el modelo de mujer era la *matrona uní vira*, lo que significa que la mujer debía ser casta, únicamente de un varón, digna y prudente. Desde su nacimiento, estaba marcada por la diferencia frente al hombre. Menciona Esclapés que

cuando nace un niño la expresión para aceptarlo es: *tollere liberos*. El padre lo levanta del suelo y con este acto lo integra en la serie de poderes

heredados y transmitidos. Si es niña, ordena simplemente que le den el pecho: *ali iubere*; “ordenar que sea alimentada” es una manera de decir que se la deja vivir (Esclapés, 1996, p. 120).

La visibilidad de la mujer en sociedad era aún más limitada por el hecho de no tener acceso a una identidad mínimamente propia a través de las prácticas de nombrado. Siguiendo con Esclapés, señala que mientras los niños tienen *prenomen, nomen y cognomen* –o lo que es lo mismo, nombre propio o de pila, nombre familiar o apellido, y segundo apellido o mote familiar apropiado–, las mujeres sólo tienen *nomen*, por lo que su identidad está permanentemente atada a la de su familia por línea paterna. En los casos en los que un mismo matrimonio tuvieran varias hijas, estas de igual forma sólo llevaban el *nomen*, y se les añadía como única seña de diferenciación un *cognomen* –*prima, secunda, tertia*– (Esclapés, 1996, p. 121).

El cristianismo, la Edad Media y la mujer (siglo V a XV)

El ascenso del cristianismo como cultura y política hegemónica se basó originalmente sobre los escombros sociales que había dejado el Imperio Romano tras de sí. Así como en éste, la mujer tenía que ser el signo más elevado de la pureza, el pudor y la inocencia –ahora con una influencia poderosísima: María, la Madre del Señor–, tenía que hacer referencia a ello a través de su indumentaria. En la Primera Carta de San Pablo a los Corintios, éste menciona que “la mujer debe llevar en la cabeza un signo de sujeción”, instaurando así el uso casi obligado en la vida pública de toda mujer del tocado, velo o mantilla, prenda que era todavía obligatoria hasta hace muy poco, cuando el Concilio Vaticano II dejó el uso de dichas prendas a la libertad personal (Esclapés, 199, p. 122).

La religión cristiana es caracterizada por su *androcentrismo*.¹ Concibe a la mujer como un ser inferior, *culpable* del pecado original pues

¹ El término androcentrismo, construido sobre la raíz griega andro (άνδρός, “hombre, varón”), fue introducido en el debate sociológico por la estadounidense Charlotte Perkins Gilman con su obra de investigación *The Man-Made World; or, Our Androcentric Culture*, publicada en 1922.

en su debilidad cayó en la tentación y sedujo al hombre –en este caso Adán– para que también cayera. Mujer que no debe sentir placer, univira, que debe llegar virgen al matrimonio y someterse a su marido. Para fundamentar esto, se tomarán algunos fragmentos y/o pasajes de *La Biblia*, como a continuación la Primera Carta de San Pablo a Timoteo:

La mujer aprenda en silencio, con toda sujeción. Porque no permito a la mujer enseñar, ni ejercer dominio sobre el hombre, sino estar en silencio. Porque Adán fue formado primero, después Eva; y Adán no fue engañado, sino que la mujer, siendo engañada, incurrió en trasgresión. Pero se salvará engendrando hijos, si permaneciere en fe, amor y santificación, con modestia.

En esta cita queda implícita la inferioridad con que se concibe a la mujer y que debe someterse al hombre por haber provocado que se cometiera el pecado original al ser engañada. Se observa además que hay un modelo típico ideal que la mujer debe seguir si quiere salvarse: la Virgen María, un ideal inalcanzable, el más difundido, el más poderoso en el mundo occidental, expresada en la letanía cristiana, culmen de la Marianología:

Madre purísima, Madre castísima, Madre siempre virgen, Madre inmaculada, Madre amable, Madre admirable, Madre del buen consejo [...] Madre de misericordia, virgen prudentísima, Virgen digna de veneración [...] Virgen fiel, espejo de justicia, trono de la sabiduría, causa de nuestra alegría [...] Reina de la familia, Reina de la paz.

La Virgen María que tuvo que ejercer el acto más elevado de sumisión y decir “hágase en mí según tu voluntad”, un acto de sometimiento a la voluntad divina –patriarcal– como símbolo supremo de pureza. Siguiendo este mismo orden de ideas, se presenta a continuación otra cita que habla respecto a la importancia de que la mujer se conserve virgen hasta el matrimonio y de la forma en que ésta se devalúa de no llegar así, en este caso se encuentra en el Deuteronomio, un texto de carácter claramente canónico:

Si un hombre se casa con una mujer y se une a ella, pero después le toma aversión, la acusa falsamente y la difama diciendo: “Yo me casé con esta mujer, y cuando me uní a ella comprobé que no era virgen”, entonces el padre y la madre de la joven tomarán las pruebas de su virginidad, y las exhibirán ante los ancianos, ante la puerta de la ciudad. El padre de la joven dirá a los ancianos: “Yo entregué a mi hija a este hombre para que fuera su esposa, pero él le ha tomado aversión y ahora la acusa falsamente, declarando que no encontró en ella las señales de la virginidad. Aquí están las pruebas de que mi hija era realmente virgen”. Y en seguida extenderán la sábana nupcial ante los ancianos de la ciudad. Entonces estos tomarán al hombre y lo castigarán por haber difamado a una virgen israelita, condenándolo, además, a pagar cien siclos de plata, que entregarán al padre de la joven. Ella seguirá siendo su mujer, y el hombre no podrá repudiarla nunca más. Pero si la acusación resulta verdadera y no aparecen las pruebas de la virginidad de la joven, la sacarán a la puerta de la casa de su padre, y la gente de esta ciudad la matará a pedradas, por haber cometido una acción infame en Israel, prostituyéndose en la casa de su padre. Así harás desaparecer el mal entre ustedes.

El proceso histórico por el cual se estableció e institucionalizó el patriarcado quedó manifiesto en cambios en la organización del parentesco y en las relaciones económicas, en la instauración de las burocracias religiosa y estatal y en el giro que dan las cosmogonías con la ascensión de los dioses masculinos (Lerner, 1990, p. 5). Pero no sólo eso. La hegemonía monoteísta impuesta por el cristianismo católico atacaría frontalmente a toda estructura défica en donde la mujer tuviera presencia. Siguiendo con Lerner, menciona que ya en el Génesis se atribuyen:

el poder de creación y el de procreación a un dios todopoderoso, cuyos epítetos de “Señor” y “Rey” lo identifican como un dios masculino, y que asocia toda sexualidad femenina, que no sea con fines reproductores, al pecado y al mal (Lerner, 1990, p. 8).

Estas eran las bases sobre las que se constituía la sociedad medieval, como unidad reproductora y organismo económico, por lo que la mujer constituía el mejor medio para consolidar y ensanchar las familias por medio del contrato matrimonial. En esta época la mujer dependía siempre de un hombre –ya fuera el padre o el esposo–, gozaba de mínimos derechos y su única responsabilidad era el hogar por lo que aquí la mujer ideal es la mujer *sumisa*, cuyo espacio es el hogar o los monasterios, medida en el vestir, recatada y taciturna.

Que se trate de secundar una ley de la naturaleza o de cumplir un imperioso mandamiento divino, los hombres tienen autoridad para gobernar y custodiar a las mujeres, las cuales no deben hacer otra cosa que favorecer esta custodia practicando toda gama de virtudes de la sumisión- humildad, mansedumbre, obediencia-preconizada con insistencia obsesiva en las prédicas y en los tratados pedagógicos (Casagrande citado por Blanco, 2015, p. 5).

La Edad Moderna (siglo XV a XVIII aproximadamente)

Durante la edad moderna, hubo algunos cambios, aunque poco significativos respecto a la percepción de la mujer.

En el siglo XVI se creía con convicción que el sexo femenino era simple y débil. Las mujeres eran educadas únicamente para el matrimonio pues se les concebía sólo como parte complementaria del varón, el modelo de mujer ideal era la esposa sumisa, buena madre, que hablaba y salía poco y se abstenía de amistades femeninas. Sus condiciones también dependían en gran parte del estatus social que tuvieran.

A partir del renacimiento se le brindó a la mujer el derecho de acceder a la cultura y en el siglo XVIII a empezársele a dar importancia a la educación; aunque las mujeres debían ser educadas en el núcleo del hogar, con profesores particulares ya fuera para casarse o para dedicar su vida en el convento, empezó a incrementar el grado de alfabetización en este género, se empezó a defender que la mujer pudiera tener acceso a la cultura y comienzan a representarse mujeres con libro en manos, principalmente para que empezaran a enseñar a sus hijos varones a leer, a las

hijas se les enseñaba a coser, bordar. No obstante, una serie de eclesiásticos y moralistas insistieron en que la mujer era *incapaz* para el conocimiento, aunque se le empezó a permitir leer, lo que leían era restringido y sólo las mujeres de la ciudad eran las que tenían acceso a este saber, pero aún eran ridiculizadas y criticadas.

La Época Industrial (siglo XVIII a principios del siglo XX)

A partir de la Revolución Industrial hubo cambios en la organización de la vida familiar. Las actividades productivas y reproductivas dejaron de caracterizarse por ser artesanales y producidas en el hogar, se trasladó el trabajo al mundo público y las tareas domésticas quedaron en el mundo privado. Los hombres se fueron a laborar en las industrias convirtiéndose, a partir de ese momento, en los completos responsables de la manutención de la familia. Sin embargo, el rol de la mujer no cambió, siguió encargándose de las tareas domésticas. Este hecho demuestra que seguía concibiéndose a la mujer como un ser inferior que no era capaz de trabajar en el mundo público.

Rousseau (1762) en su contrato social limitaba la función de la mujer a madre y esposa, al cuidado del hogar, los quehaceres domésticos y la educación de los hijos. Así varios pensadores de su época sostuvieron argumentos para supeditarla.

A lo largo del siglo XIX se naturaliza la imagen de la perfecta ama de casa, asociándose así lo femenino al arquetipo del *ángel del hogar*: una mujer pura, angelical, inocente, invalidada para la actuación pública. Relegada al ámbito de lo privado y lo doméstico. Esta imagen femenina se extenderá a nivel internacional traspasando incluso los discursos de las sociedades occidentales (Rubiera, González y Fernández, 2011, p. 32).

En ese entonces, a las mujeres se les transmitía que, si no cumplían con sus responsabilidades en el hogar, serían reprobadas y castigadas y que podrían encontrar la felicidad y recompensa por realizar las funciones que por naturaleza les correspondían. Sin embargo, esta concepción

romántica del *ángel del hogar* se contraponen fuertemente con las prácticas sociales de producción imperantes. La mujer se convirtió en *ángel del hogar* en la medida en que fue desplazada de la producción, y ésta a su vez fue transferida de las familias a las industrias y los talleres que surgieron con el capitalismo.

De acuerdo con Engels, la mujer padeció en su propio hogar lo que el capitalismo estaba haciendo en términos generales en la sociedad capitalista temprana. Si para éste y Marx “toda la historia de la sociedad humana, hasta la actualidad, es la historia de la lucha de clases” (Marx y Engels, 2000), particularmente para Engels en su obra *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, “el hombre es en la familia el burgués; la mujer representa en ella al proletario” (Engels, 2017, p. 32). En consonancia con este argumento, la producción capitalista obliga a partir de este momento a la mujer a asumir un doble rol, con sus consecuencias:

El gobierno del hogar se transformó en servicio privado; la mujer se convirtió en la criada principal, sin tomar ya parte en la producción social. Sólo la gran industria de nuestros días le ha abierto de nuevo –aunque sólo a la proletaria– el camino de la producción social. Pero esto se ha hecho de tal suerte, que si la mujer cumple con sus deberes en el servicio privado de la familia, queda excluida del trabajo social y no puede ganar nada; y si quiere tomar parte en la gran industria social y ganar por su cuenta, le es imposible cumplir con los deberes de la familia [...]. La familia individual moderna se funda en la esclavitud doméstica franca o más o menos disimulada de la mujer, y la sociedad moderna es una masa cuyas moléculas son las familias individuales (Engels, 2017, p. 32).

La sociedad posindustrial (siglo XX a la actualidad)

Antes de hablar respecto a la concepción de la mujer en la actualidad –las llamadas sociedades posindustriales–, es importante mencionar que se toman algunos fundamentos teóricos tanto de Bauman (1998) como de Touraine (2006) puesto que dichos autores servirán para comprender lo que se vive hoy por hoy.

En los años sesenta surgió la revolución femenina a partir de un libro denominado *La mística de la feminidad* (Friedman, 1963). Se considera que aquí es cuando sale a la luz el patriarcado, cuando se denuncia por primera vez el rol que se había impuesto a las mujeres desde la antigüedad. La autora reprueba a lo largo de su obra, el modelo de mujer como ama de casa.

Touraine (1925) comprende y justifica el hecho de que surgiera esta revolución femenina, por las condiciones de inferioridad y dependencia a la que estaban sujetas:

Baste aquí con evocar la inversión cultural más importante, la que concierne a las mujeres. Lo que está en cuestión no es únicamente la lucha por la igualdad y la libertad o, a la inversa, la búsqueda de las especificidades de la experiencia femenina con respecto a la experiencia masculina, sino la afirmación de que lo universal humano no se encarna en una figura, la del Hombre, que era de hecho un hombre adulto, educado, económicamente independiente, sino en la dualidad del hombre y la mujer que dan forma, a veces de manera diferente, otras de manera idéntica, al proceso de combinación de un ser particular y una racionalidad general, sustancial o instrumental. No se trata de una reivindicación particular, de la acción de una minoría, y las feministas como Gisèle Halimi tienen razón al rechazar airadamente la definición de las mujeres como minoría. Puesto que la crítica efectuada por las mujeres tiene un valor general: se trata de destruir la identificación de la cultura o de la modernidad con un actor social particular –nación, civilización, clase, género, grupo de edad, profesión, nivel de educación–, que encierra con ellos a los otros actores en una condición de inferioridad y dependencia (Touraine, 2006, p. 41).

Fue así como las mujeres se movilizaron y lograron ganar terreno en el ámbito laboral, pero hasta la actualidad ha existido desigualdad salarial e incluso la imposibilidad de adquirir puestos de poder político y los llamados “techos de cristal”, límites transparentes y etéreos que muestran los alcances de una vida normal, al tiempo que impiden llegar a los mismos

La sociedad posindustrial es descrita por Bauman (1998) como la sociedad de consumidores, una sociedad en la que “la ética del trabajo” pasó a segundo plano para dar lugar a “la estética del consumo”. La sociedad pasó de ser para la producción a ser para el consumo: “un consumidor no debería aferrarse a nada, no debería comprometerse con nada, jamás debería considerar satisfecha una necesidad y ni uno sólo de sus deseos podría ser considerado como el último” (Bauman, 1998, p. 46). Es así como se infiere que, en la actualidad, a la mujer comenzó a considerársele como *objeto*. Ésta, desde esta concepción, no es tomada en cuenta para los roles de importancia en la sociedad.

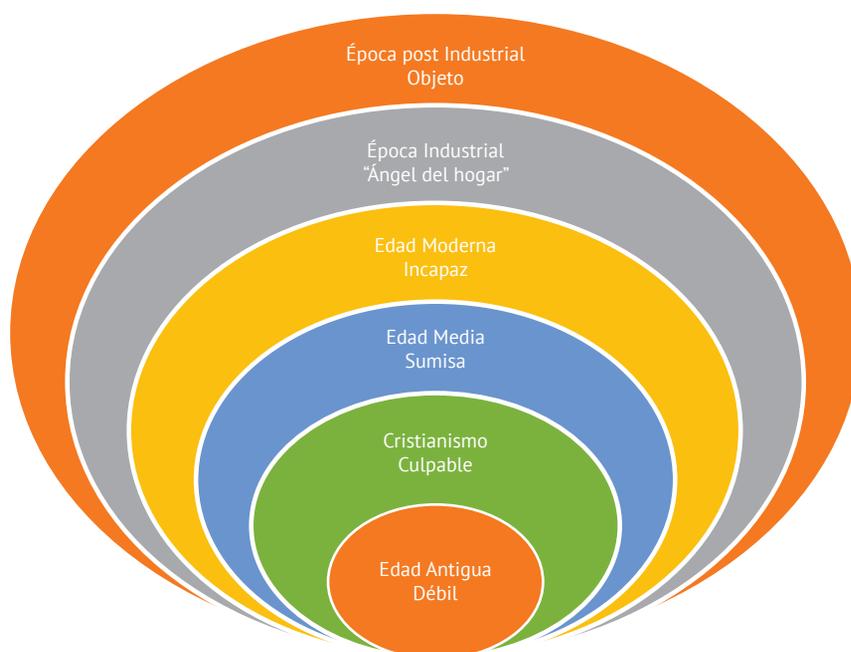
El parámetro de mujer ideal está concentrado meramente en lo estético, cual objeto de consumo, por lo que no sólo es utilizada como publicidad; también se encuentra destinada a invertir inútilmente en cirugías, productos que abonen a mejorar su apariencia, pero sin lograr jamás el objetivo irreal impuesto por los medios de comunicación. Aunado a esto, la mujer termina siendo una posesión más del hombre que puede ser reemplazable en el momento que a éste le plazca. Es así como se desinstitucionalizó la familia y comenzó a diversificarse. Touraine (2006) introdujo el término *desinstitucionalización* para entender el debilitamiento o desaparición de las normas codificadas y protegidas por mecanismos legales, y más simplemente la desaparición de los juicios de normalidad, que se aplicaban a las conductas regidas por las instituciones (Touraine, 2006, p. 45). Éstas son a grandes rasgos algunas problemáticas identificadas en la actualidad y con este apartado se terminan de describir las concepciones que se han tenido respecto a la mujer desde la época antigua hasta hoy.

EL SISTEMA DE PENSAMIENTO DE LAS CONCEPCIONES DE LA MUJER DESDE LA PROPUESTA DE FOUCAULT

A partir de todas las concepciones y modelos de mujer relatadas anteriormente se presenta a continuación el esquema que se propone como

“la arqueología de las ideas” respecto a la mujer a partir de la propuesta teórica de Foucault (2007).

Figura 1. Sistema de pensamiento concepciones de la mujer



Lo que demuestra que la figura 1 no sólo es un devenir histórico socialmente dado o estático. Es, ante todo, una reconstrucción gnoseológica que tiene por objetivo observar la sedimentación conceptual de las diferentes concepciones alrededor de la mujer a lo largo de las eras, misma que funciona de forma acumulativa y autoreferencial: cada era retroalimenta los conceptos vigentes, los vivifica y resignifica, los dota de nuevas texturas, y los proyecta al futuro como una síntesis en la que se guardan significados anclados en viejas estructuras discursivas. En palabras de Foucault, esta sedimentación

no implica que los hombres van a decir y a pensar la misma cosa; no implica tampoco la definición, explícita o no, de cierto número de principios de los cuales derivaría todo el resto, a título de consecuencias [...], las

homogeneidades [y heterogeneidades] enunciativas se entrecruzan con continuidades [y cambios] lógicas, sin que las unas y las otras marchen al mismo paso o se rijan necesariamente (Foucault 2007, pp. 245 y 246).

Volviendo al esquema de trabajo presentado páginas atrás, todo lo dicho hasta ahora no significa necesariamente que en todas las eras de la historia de la humanidad se diga que la mujer es intrínsecamente débil. Ese es el núcleo discursivo que muta y se adapta a las condiciones de producción y reproducción social de cada momento y lugar, que padece “transformaciones conceptuales, emergencias inéditas, fundamentaciones técnicas” y demás atravesadas por un elemento clave, ahora indisoluble a la mujer y “lo femenino”: su debilidad. Véase si no la transición entre esa concepción originaria de la mujer débil de la Era Antigua hasta la que la convierte en una mercancía de consumo masivo en la Edad Posindustrial. Al observar los elementos más evidentes –el discurso sincrónico, el habla cotidiana– que componen a esta última permiten concebir a la mujer como una entidad “convenientemente” empoderada, liberada, pero no por un discurso que genere ella misma, sino por el diseño de un mercado que espera venderla como mercancía a hombres y mujeres por igual: a unos, les ofrece un objeto más para satisfacer –a nivel simbólico– su deseo sexual y de afirmación hegemónica, pues impone a sus anchas un modelo de belleza estándar; a otras, un ideal, una “Virgen María posmoderna”, ya no más “el vaso de insigne devoción” del pasado, pero si la ejecutiva que atiende negocios, hijos y esposo, luciendo radiante todo el tiempo, que cambió la mantilla por el traje sastre. ¿Por qué es débil si nos la venden fuerte? Por el hecho de que el emisor del mensaje está al servicio del patriarcado, y ese, también, apenas ha mutado en dos mil años.

Las continuidades y homogeneidades discursivas –la supuesta debilidad de la mujer– se encuentran con las heterogeneidades y cambios –cada una de las concepciones posteriores hasta ahora vistas–, “sin que las unas y otras marchen al mismo paso o se rijan necesariamente” (Foucault, 2000, p. 246). Véase por ejemplo lo que se mencionó que ocurrió

durante la Ilustración y la Revolución Industrial. En la primera, el romanticismo de la literatura y las artes en general permea hasta el seno de los hogares convirtiendo la debilidad en una virtud estética, en un elevado valor que trasciende a la existencia misma –la mujer angelical– y enaltece al hombre. Al mismo tiempo, de forma lateral, la emergencia del modelo de producción capitalista nos instaló definitivamente en una contradicción hasta ahora irresuelta, en la que la mujer no es una entidad homogénea y, mientras unas estaban destinadas a la contemplación y el matrimonio, sin más presiones que la renta y modo de vida de los pretendientes –aspecto muy mencionado en las obras de Jane Austen o las hermanas Brontë–, otras se veían en la encrucijada de ejercer roles productivos y reproductivos por partida doble. Burguesía y proletariado eran destinos sociales separados por un abismo social, aun con eso, fue esta relación de dominación la que acabó por convertir el romanticismo en pragmatismo, arrojando a las mujeres, sin previa resignificación o desahogo, a la producción industrial con un rol activo. Las *ángeles del hogar* y las nuevas proletarias jamás se vieron las caras directamente, pero sus componentes epistémicos sí que se retroalimentaron de forma mutua, atravesados por la idea de debilidad, de desconfianza en las capacidades de la mujer, ya no se diga para una vida autónoma o libre, sino siquiera para gobernarse a sí misma. En el hogar o fuera de éste, las mujeres eran débiles de cuerpo y débiles de mente, sin importar lo que se hiciera para demostrar lo contrario.

La mujer de hoy no sólo es un objeto contradictorio. De ella se espera que sea, también, un ángel de su hogar, y de todos aquellos espacios que ocupe en el ámbito social, aún a sabiendas de que, “como es sabido”, es incapaz de hacer y gobernarse por sí misma, de que debe ser tutelada por su inocencia. Una inocencia que deviene en perversión en la medida en que la sabemos culpable del pecado original –como la podríamos hacer culpable de la caída de Troya, el inicio de la Primera Guerra Mundial o de los disturbios raciales en plena lucha por los derechos civiles en Estados Unidos– ¿Por qué es culpable? Porque es débil. ¿Por qué sumisa? Porque es débil. Así sucesivamente hasta llegar al día de hoy.

El estar sujeta a este esquema del pensamiento colectivo convierte a la mujer del siglo XXI en una depositaria de un conocimiento social especialmente adverso y excluyente, mismo que, si se sigue la hipótesis planteada por Foucault en su obra y desarrollada hasta aquí, no cambiará mucho con el curso de los años. Encontrará su acomodo en el entorno del mundo como lo conocemos, adquirirá nuevas formas, nuevos sedimentos que se acumularán en lo ya sabido, que se convertirán en los lentes con los que interpretamos y vivimos la realidad.

La mujer, así vista, se ve expuesta a un poder disciplinario, hegemónico y desproporcionado que tiene por único fin fabricarla como un individuo instrumental para la consecución de los fines sociales –la reproducción de un determinado *status quo*– a través del encauzamiento de las “multitudes móviles” en identidades determinadas, combinatorias y sistematizadas para su uso (Foucault, 1995, p. 175). ¿Puede salir de ahí? Difícil saberlo, desde la perspectiva de este ensayo, atravesado con singularidad por las mismas contradicciones que denuncia.

CONCLUSIONES

Para concluir, es necesario manifestar las interrogantes que surgen a partir de este análisis; primeramente, es de gran relevancia preguntarse ¿Qué consecuencias trae a la mujer esta idea persistente de que sólo sirve como ama de casa y madre de familia por ser inferior, por ser débil? ¿Qué consecuencias ha traído a lo largo de la historia, tener como mujer, un ideal siempre inalcanzable? Ya sea físicamente –como el estereotipo de las películas estadounidenses en las que únicamente encontraremos como protagonistas a personas de tez blanca, con facciones finas, de ojos claros, complexión delgada y, últimamente incluso desproporcionadas o sin aparentar su verdadera edad por el *boom* de las cirugías– o en cuestiones actitudinales –con frases como: “calladita te ves más bonita”, la mujer debe ser prudente, llegar virgen al matrimonio, darse a respetar por el hombre, es la que debe cuidarse de no embarazarse–, la mujer

siempre ha sido exigida y bombardeada. Primero valiéndose de la tradición oral; después, utilizando los medios de comunicación. Se infiere que inseguridad, ¿cómo no sentirse subordinada ante los hombres si no puede cumplir ni con sus propias expectativas generadas a partir de violencia simbólica?

La violencia simbólica “esa violencia que arranca sumisiones que ni siquiera se perciben como tales apoyándose en unas expectativas colectivas, en unas creencias socialmente inculcadas, transforma las relaciones de dominación y de sumisión en relaciones afectivas, el poder, en carisma” (Fernández citando a Bourdieu, 2005, p. 9). Es así, como la mujer, acepta sin darse cuenta, las imposiciones del patriarcado; creyendo incluso que está luchando por sus sueños, sueños que en realidad fueron insertados desde su infancia, y a la vez; reforzando su debilidad, su incapacidad, su inferioridad al no lograr las expectativas que en realidad pertenecen a su colectividad. Al sentirse así, busca soporte con el hombre, reforzando de este modo, el sistema patriarcal, sufriendo en silencio. Esta podría ser una de las razones por las cuales aun permite abuso y violencia tanto física como psicológica por parte de los hombres, principalmente en los países donde todavía prevalece el machismo.

En la actualidad, sigue existiendo desigualdad de oportunidades y de salario, permanecen ideas, roles y estereotipos establecidos tanto para hombres como para mujeres. Por ejemplo, en el ámbito profesional, siguen identificándose profesiones como feminizadas. No es de sorprender que la Licenciatura en Intervención Educativa, por su vinculación precisamente con la educación, esté consolidada principalmente por alumnas.

La UPN Unidad 142 es un contexto en el que se debe analizar constantemente la historia de la mujer, no sólo para comprender su situación actual; también para crear consciencia en todos los alumnos, para cuestionar el sistema patriarcal; para seguir, como docentes, en la lucha en contra de la subordinación del género femenino. Se ha encontrado durante la práctica docente, particularmente impartiendo la materia de Desarrollo regional y microhistoria, un espacio de análisis de contexto y

tradición para suscitar este tipo de cuestiones; seguirán buscándose los ámbitos pertinentes para continuar creando estos espacios.

Para finalizar, es importante mencionar que puede observarse congruencia en la afirmación de Foucault, que las ideas en realidad no evolucionan, éstas prevalecen. Es un hecho que la mujer desde la antigüedad ha sido considerada como un ser inferior, que a causa de su debilidad es incapaz de adquirir roles fuera del hogar por lo que debe dedicarse a este y someterse cual objeto subordinado al hombre. Sin embargo, esto no es la tabla periódica de los elementos químicos, esta realidad es una construcción social; por lo tanto, puede modificarse a favor de sociedades más equitativas, más justas, en las que se comience a ver a la mujer con exactamente la misma importancia y respeto que al hombre.

REFERENCIAS

- Aristóteles (1934). *La política*. Madrid, España: Ediciones Nuestra Raza.
- Bauman, Z. (1998). *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*. Barcelona, España: Gedisa.
- Blanco, C. F. (2015). La mujer en la literatura de la Edad Media: ¿un reflejo de una sociedad misógina? Recuperado el 17 de julio de 2015 de <http://helvia.uco.es/xmlui/bitstream/handle/10396/5979/La%20mujer%20en%20la%20Edad%20Media.%20Misoginia.pdf?sequence=1>
- Engels, F. (2017). *El origen de la familia, la propiedad privada y el estado*. Recuperado el 5 de julio de 2018 de https://www.marxists.org/espanol/m-e/1880s/origen/el_origen_de_la_familia.pdf
- Esclapés, R. (1996). La mujer en la Antigüedad Clásica. *Asparkia*, 6. 117-134.
- Fernández, J. (2005). La noción de violencia simbólica en la obra de Pierre Bourdieu: una aproximación crítica. *Cuadernos de trabajo social*, 18. Recuperado el 05 de julio de 2018 de: <http://www.enlinea.cij.gob.mx/Cursos/Hospitalizacion/pdf/PierreBourdieu.pdf>
- Foucault, M. (2007). *La arqueología del saber*. México: Siglo XXI.
- Foucault, M. (1995). *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*. México: Siglo XXI.
- González Serrano, P. (2003). La mujer griega a través de la iconografía doméstica. *AKROS Revista del Museo de Melilla*, 59-68.
- Lerner. (1990). *La creación del patriarcado*. Barcelona, España: Crítica.
- Martin, T. R. (s/f). *An overview of classical greek history from Mycenae to Alexander*. Boston, Massachusetts, Estados Unidos: Universidad Tufts.
- Marx, K y Engels, F (2000). *El manifiesto comunista*. Buenos Aires, Argentina: Ediciones El Aleph.
- Rubiera, C., González, M. y Fernández, V. (2011). Guía didáctica. Recuperado el 17 de julio de 2015 de <http://www.educandoenigualdad.com/anti-guaweb/spip.php?article372>
- Touraine, A. (2000). *¿Podemos vivir juntos? Iguales y diferentes*. México: Fondo de Cultura Económica.

SECRETARÍA DE EDUCACIÓN PÚBLICA

Delfina Gómez Álvarez *Secretaria de Educación Pública*
Francisco Luciano Concheiro Bórquez *Subsecretario de Educación Superior*

UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA NACIONAL

Rosa María Torres Hernández *Rectora*
María Guadalupe Olivier Téllez *Secretaria Académica*
Karla Ramírez Cruz *Secretaria Administrativa*
Rosenda Ruiz Figueroa *Directora de Biblioteca y Apoyo Académico*
Abril Boliver Jiménez *Directora de Difusión y Extensión Universitaria*
Benjamín Díaz Salazar *Director de planeación*
Yolanda López Contreras *Directora de Unidades UPN*
Yiseth Osorio Osorio *Directora de Servicios Jurídicos*
Silvia Adriana Tapia Covarrubias *Directora de Comunicación Social*

COORDINADORES DE ÁREA

Adalberto Rangel Ruiz de la Peña *Política Educativa,
Procesos Institucionales y Gestión*
Jorge García Villanueva *Diversidad e Interculturalidad*
Gerardo Ortiz Moncada *Aprendizaje y Enseñanza en Ciencias, Humanidades y Artes*
Ruth Angélica Briones Frago *Tecnologías de la Información y Modelos Alternativos*
Eva Francisca Rautenberg Petersen *Teoría Pedagógica y Formación Docente*
Rosalía Menéndez Martínez *Posgrado*
Rosa María Castillo del Carmen *Centro de Enseñanza y Aprendizaje de Lenguas*

COMITÉ EDITORIAL UPN

Rosa María Torres Hernández *Presidenta*
María Guadalupe Olivier Téllez *Secretaria Ejecutiva*
Abril Boliver Jiménez *Coordinadora Técnica*

VOCALES ACADÉMICOS

Laura Magaña Pastrana
Alma Eréndira Ochoa Colunga
Mariana Martínez Aréchiga
Rita Dromundo Amores
Maricruz Guzmán Chiñas

Subdirectora de Fomento Editorial *Mildred López Palacios*
Corrección y cuidado de la edición *Priscila Saucedo García*
Diseño y formación *Margarita Morales Sánchez*

Esta primera edición de [LAS CONCEPCIONES SOBRE LA MUJER DESDE LA PERSPECTIVA TEÓRICA DE MICHEL FOUCAULT](#) estuvo a cargo de la Subdirección de Fomento Editorial, de la Dirección de Difusión y Extensión Universitaria, de la Universidad Pedagógica Nacional, y se publicó en diciembre de 2021.